


edición impresa



José Gabriel Chueca 
Entrevista



María Eugenia Vásquez: "La violencia contra la mujer es vista como menor"

Ella militó en el M19 colombiano. Lo dejó y decidió trabajar con las mujeres víctimas de la guerra. María Eugenia Vásquez vino a Lima invitada al seminario internacional 'Justicia y reparación para mujeres víctimas de la violencia sexual en contextos de conflicto armado interno'. El título es elocuente.

"Soy de la generación que tiene 55 años y que ha vivido toda su vida viendo la

confrontación en Colombia. Primero, aquella entre los partidos Liberal y Conservador, que dejó 300 mil muertos; luego la de los años 60 y 70, entre las fuerzas insurgentes y las del Estado, y la de nuestros días, con la entrada de paramilitares y todo eso. O sea que he visto y vivido la guerra desde que nací", explica María Eugenia Vásquez.

¿Cómo se vinculó con los temas políticos?

Desde el colegio tenía sensibilidad social. En la universidad entré en contacto con el análisis del país y vi la necesidad de cambios fundamentales, situación que me llevó a militar en la izquierda.

Usted formó parte del M19.

Entre las alternativas que tenía la juventud de mi época estaba la insurgencia armada. Era un fervor revolucionario que recorría el continente desde la revolución cubana, con el crecimiento de movimientos en Argentina, Uruguay y Chile.

Ha venido para participar en un seminario acerca de la violencia sexual contra la mujer en los conflictos armados. Me imagino que ha visto eso desde adentro.

Digamos que la vida me ha colocado como actora del conflicto armado y, en otro momento, como parte de la sociedad civil que se ve golpeada por el conflicto. Tengo las dos miradas: la que tuve en la militancia y la otra, sobre los efectos que nosotros mismos produjimos y que produce la militarización de mi país. Y, dentro de este contexto, uno de los temas es la violencia contra las mujeres.

¿Qué sucede en la guerra?

La esencia de esta violencia es que se concibe a la mujer como un cuerpo objeto de propiedad de otros. Entonces, se arremete contra



AUTOFICHA

■ Nací en Cali, en el 51. Soy hija de una familia de clase media que tuvo la oportunidad -el privilegio en nuestro país- de ir a la universidad. Estudié Antropología. Vivo en Colombia. Mi trabajo me lleva a visitar zonas donde el conflicto armado es álgido. Trabajo con mujeres desplazadas por la violencia, difundiendo sus derechos y apoyando sus iniciativas económicas. Yo digo que soy una soltera que luchó bastante por la autonomía que tengo hoy. Tengo un hijo que ya pasó los 20 años. Me encanta leer, caminar, pasear. Dicen que soy una persona muy tranquila... casi monacal.

[Enviar a un amigo](#)
[Imprimir](#)

PUBLICIDAD

PUBLICIDAD

su cuerpo, se la viola, se la tortura para afrentar a quien se considera el enemigo. Y lo hacen indistintamente todos los grupos armados. En ese contexto, las mujeres son consideradas también esclavas domésticas o sexuales. Pero, además, son silenciadas. Recuerdo que, hace cuatro años, organizaciones de mujeres y derechos humanos levantaron unos testimonios de violencia contra las mujeres y enviaron los casos a todos los ejércitos en Colombia - el nacional, a la guerrilla y a los grupos paramilitares-. Y la respuesta fue la misma de todos: No tenemos nada que ver.

¿Por qué?

Porque, como sociedad, los delitos contra las mujeres siguen siendo vistos como algo menor. Y en el Perú, donde ya se sienten del otro lado, porque están en el posconflicto, porque hubo una Comisión de la Verdad y hay procesos de reparación caminando, se le sigue prestando poca atención.

Hay otra cosa que me intriga: ¿por qué dejó la guerrilla?

Viví una situación muy fuerte: mi hijo mayor murió. Fue por motivos de salud. Tenía 14 años. La muerte de un hijo para alguien que está vinculado a la guerra es un golpe inesperado. Esperábamos que nos mataran a nosotros, a nuestros compañeros. Eso me llevó a las preguntas fundamentales -¿qué estoy haciendo en la vida?-, y encontré que mi vocación seguía por la transformación social de mi pueblo, pero que había otros maneras de hacerlo. Que mejor estaba con lo que hago hasta ahora, que es trabajar con las víctimas de la violencia.

Usted hizo este libro -Escrito para no morir- en el que relata su testimonio en la guerra. Entre otras cosas, menciona el nacimiento del amor en un contexto de violencia.

El amor tenía un papel importantísimo porque es lo único que puede ligarlo a uno con la vida cuando se tiene la muerte pendiente sobre la cabeza. El amor se vive entonces de una manera muy intensa. Y se vive con quienes uno tiene al lado. Es el amor del compañerismo, de la camaradería, que entre hombres y mujeres fácilmente pasa por una relación sexual. Pienso que alivianamos el tema de la sexualidad. ¿Pero, socialmente, sobre quiénes recae la censura social? Sobre las mujeres porque, en esta sociedad, la masculinidad se construye sobre la conquista de mujeres. En ese contexto, las mujeres fuimos transgresoras de muchas normas. Y así nos lo cobraron a la hora de las detenciones. Muchas compañeras fueron violadas, torturadas con afrentas sexuales. Y por eso digo que la violencia sexual no solo sale en la guerra -ahí se exagera- sino que existe en la sociedad.

El informe final de la Comisión de la Verdad constata la violencia sexual sobre las mujeres en la guerra que se produjo en el Perú.

La violencia sexual contra las mujeres no está vista como delito. Muchas mujeres campesinas con las que trabajo no saben que tienen el derecho de negarse a una relación sexual y que ser obligadas es un delito. Las mujeres crecemos con la idea de que lo que se haga sobre nosotras está permitido. Y eso lleva a delitos peores. Aquí y en Colombia se ha sabido de mutilación genital sobre las mujeres antes de ser asesinadas o de violencia sexual múltiple. Mutilaciones de cadáveres de mujeres embarazadas con sentido simbólico. ¿Cómo permite la sociedad que estos delitos continúen? ¿Cómo permite que los niños y niñas crezcan viendo que esos crímenes no son sancionados?

En este momento, aquí se está discutiendo la posibilidad de aplicar la pena de muerte para los violadores.

También se discute en Colombia. Yo estoy en contra porque eso es retroceder contra los derechos humanos y porque esos perpetradores de la violencia también han sido educados en nuestras sociedades, en familias peruanas o colombianas, y han visto y vivido esta violencia. Y también han sido entrenados, porque muchos ejércitos nacionales han sido entrenados para perpetrar cierto tipo de torturas que implican vejaciones sexuales. Para comprobarlo, veamos las tropas de Estados Unidos en Irak.

¿Qué precio pagó al dejar la guerrilla, reincorporarse a la vida civil y contar su historia?

La resignificación de mi proyecto de vida fue muy difícil, porque a las mujeres se les cobra más de una cuenta. Mientras los varones son

héroes, nosotras somos... las del paseo. El libro nunca lo escribí para que fuera publicado. Era mi tesis y unos amigos me impulsaron a presentarlo al Ministerio de Cultura y ganó el premio 'Testimonio'. Cuando me enteré de que iba a ser publicado, entré en un inmenso estado de pánico. Porque es exponerse desde las entrañas.

¿Y qué pasó?

Hice una reflexión que me acompaña hasta hoy: a los 18 años tomé una decisión que podía costarme la vida en defensa de lo que consideré necesario y, cuando salió ese libro, ya tenía 40 años. Si me iba a costar la vida contar lo que hice, pues, que me la cueste. Y lo sigo diciendo. Si ser lo que soy y hacer lo que hago me va a costar la vida, qué vamos a hacer. Yo sigo pensando que estoy del lado de la equidad.

[regresar](#)